



Ayuntamiento de Madrid

25 céntimos.

España Evangélica

AÑO VIII. — NÚM. 413

Madrid, 22 de Diciembre de 1927

PRECIO: 25 CÉNTS.

EL NIÑO ACOSTADO EN EL PESEBRE

Y esto os será por señal: hallaréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Una señal muy extraña para encontrar un niño, por cuyo nacimiento se habían abierto los cielos y una multitud de los ejércitos celestiales habían cantado: «Gloria a Dios en las alturas». Si los pensamientos y los caminos de Dios fueran como los pensamientos y los caminos de los hombres, la señal para identificar al Salvador nacido en la ciudad de David hubiera sido la de una magnificencia y esplendor nunca antes contemplados en el mundo. Pero fué todo lo contrario: una señal de profunda humildad y pobreza. Hallaréis un niño, un niño recién nacido, un infante, sin otra diferencia visible respecto de los demás niños que la de estar acostado, no en una cuna ordinaria, sino en un pesebre, en el lugar destinado a que coman las bestias que sirven al hombre. El arte sagrado ha colocado alrededor de la cabeza del niño, como de su madre y de los santos, una aureola para distinguirlos del común de los mortales. Pero los pastores no hallaron un niño con aureola, sino un niño acostado en un pesebre.

Esta era la señal de la completa abnegación y desprendimiento. Desde su nacimiento nos muestra nuestro Salvador su mente divina, aquel «sentir», como dice San Pablo, «que hubo en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual Dios como cosa que debía retener; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres...» Se despojó de las glorias que como Dios tenía y renunció aun a las cosas que los hombres estiman de valor. Quiso entrar en nuestra vida sin ningún privilegio, sin ninguna ventaja, sin ninguna exención de dolores y penalidades, poniéndose al nivel de los más pobres y de los más humildes, para que todos los hombres pudieran acercarse a Él con absoluta confianza, porque Él les había dado pruebas de querer descender hasta el escalón más bajo de la vida humana. Este niño, cuando sea hombre, se verá un día tentado a usar de su poder maravilloso para convertir las piedras en pan, y no lo hará; porque ha venido para vivir nuestra vida en las mismas condiciones de dependencia, respecto de Dios, en que todos los hombres la vivimos. Usará de su poder para alimentar multitudes; pero en

cuanto a sí mismo, vivirá de lo que Dios por su palabra disponga. No tendrá una almohada donde reclinar la cabeza. Como duerme el primer sueño de su infancia, en una cuna improvisada, dormirá el breve sueño de su muerte en un sepulcro prestado. Nada tuvo, porque todo lo dió. Se entregó a sí mismo por amor a los hombres. El niño, echado en el pesebre, es la señal de la perfecta abnegación divina.

oooooooooooooooooooooooooooooooo

¡Gloria a Dios!

*Canta el amor de Dios, alma cristiana,
que sabes caminar mirando al cielo;
canta como la alondra en la mañana,
cuando al beso del sol levanta el vuelo.*

*Canta el poder de Dios en la gran fiesta
de amor divino y paz indefinida.
La Navidad es himno de protesta
contra el materialismo de la vida.*

*Canta la libertad que Dios te ha dado
librándote del yugo del pecado
por Cristo, el mensajero del perdón.*

*Canta por gratitud, si el Don Divino
es el sol inmortal de tu camino,
y ha nacido en tu pobre corazón.*

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN.

oooooooooooooooooooooooooooooooo

Es la señal también de que Dios da a las cosas un valor muy diferente del que los hombres les dan.

Para los hombres es extraño que el Hijo de Dios duerma en un pesebre. En su precioso himno de la Navidad, Lutero expresó un sentimiento muy natural y muy humano, al decir que «el Niño Dios debiera estar en cuna de oro fino». Pero, según la escala de valores que rige en el cielo, es muy dudoso que el oro valga más que la paja. En la Nueva Jerusalem se le empleará como pavimento. El rey no vale allí más que el mendigo. Un poderoso de la tierra podrá significar muy

poco allá, y en cambio, un niño pequeño tendrá a su servicio ángeles que ven siempre el rostro de Dios. Riquezas, honores, gloria mundana, son de ningún valor; y en cambio, la humildad, la fe, el amor, el espíritu de servicio, el trabajo humilde y obscuro, se valúan como verdaderos tesoros. Cristo venía a enseñar al mundo que la vida del hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee; que son bienaventurados los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los pacificadores; que no hay en todo el mundo riqueza que pueda compararse con el valor de una sola alma; y esta lección comenzó a enseñarla desde su mismo nacimiento, dando a un establo una gloria que no han tenido los más soberbios palacios.

El niño acostado en el pesebre es la señal de que Cristo está pronto a entrar en las vidas humanas más rudas, más pobres, más groseras. El corazón humano, aun en las mejores condiciones, es bastante parecido a un establo de bestias. Quien crea que su corazón puede ser sin Cristo una mansión limpia y hermosa, adornada de bellas ideas y de nobles sentimientos, sufre una equivocación lamentable. No se da cuenta de su propia miseria y obscuridad y suciedad. No abrirá sus puertas a la vida divina que quiere nacer en él, porque no cree que la necesita. Pero los corazones que han despertado para darse cuenta de su verdadera situación, recibirán con gozo al que viene a iluminarlos, limpiarlos y transformarlos.

Cristo ha venido a llamar a pecadores. Cristo quiere posar y comer en casa de pecadores arrepentidos. Los que se creen justos, no tienen sitio para él. Es en el establo donde encuentra una bienvenida; en corazones que se sienten manchados y empobrecidos por el pecado, pero que suspiran por el remedio de sus males. Y como aquel pobre establo de Belén se transformó en un templo donde se oyeron las nuevas maravillosas de lo que aquel niño era y había de hacer, y donde se elevaron las más sinceras alabanzas a Dios, así el pobre corazón humano donde Cristo nace se torna en morada divina, donde resuenan cánticos de salvación y donde reina la paz que sobrepuja todo entendimiento.

C. ARAUJO GARCÍA.

PASCUAS CRISTIANAS

Ni romanas ni protestantes, sino cristianas a secas, y más que el oro de ley auténticas, son las grandes solemnidades que todas las Iglesias de Cristo, sin distinción, celebran en el transcurso del año bajo el glorioso apelativo de *Pascuas*.

Ya el nombre mismo revela la antigüedad de ellas, que alcanza, por de pronto en las de Resurrección y Pentecostés, a los albores del Cristianismo, cuando los judíos convertidos seguían respetando sus sábados y su Pascua, que coincidía a menudo con la conmemoración de los sacrosantos misterios de la Redención humana.

De donde se extendió aquel nombre a las principales solemnidades de los cristianos para quienes han sido siempre verdadera *Pascua*, real paso de la muerte espiritual a la vida de gracia, no solamente la Resurrección, sino también Pentecostés, algo más tarde, y más todavía, aunque opinamos que no mucho, la Natividad, y singularmente la Epifanía.

El cristiano que conoce y siente su Religión, conceptos ambos diferentes y distintos, que cabe no ir juntos en una misma persona, no puede substraerse a la celestial influencia de sus Pascuas, especialmente a la poesía, la belleza, el canto de esta Navidad en que, según la galana expresión de Isaías (XLV, 8): «los cielos destilaron rocío y las nubes llovieron (justicia) al Justo; se abrió la tierra, y germinó el Salvador (salud)»: «origen del pueblo cristiano, ha dicho en su lenguaje elocuente, imposible de traducir con la misma energía, León el Grande, porque al nacer la Cabeza nació el Cuerpo, y mientras adoramos el nacimiento de nuestro Redentor, nos encontramos con que estamos festejando nuestro principio» (1).

De la memorable antigüedad de esta Pascua testifican la veneración en que se tuvieron por los primeros cristianos, testigo San Jerónimo, que moró en Belén mismo bastante tiempo, el último de su

vida (1), aquellos santos Lugares; así como la decoración en pintura y relieves perteneciente por lo menos al último período (siglo IV) del arte catacumbal, de escenas referidas por San Lucas, la Virgen con el Niño en sus rodillas y la adoración de los Magos (2).

San Cipriano, obispo de Cartago en

«Horacio y el Pindaro cristiano», denominado por Bentley y Erasmo, respectivamente (348-404), y San Agustín (354-430), agotaron, por así decirlo, los recursos de la oratoria y las galas de la poética para pintar con todos sus horrores la degollación de los Inocentes en homilías e himnos que compusieron para ser leídos

o cantados en sus respectivas Iglesias, como en realidad de verdad se leían y cantaban fieles a la tradición, por todos títulos venerable, de las Iglesias Apostólicas (Efesios, V, 19; Col., III, 16). «Hoy celebramos, escribe el águila de Hipona (1), el natalicio de aquellos niños de quienes sabemos por el texto evangélico haber sido sacrificados por el cruelísimo rey Herodes. Fiesta sacratísima la del presente día.»

En algunas Iglesias de Oriente se conmemoraba hasta el siglo IV la «Manifestación de la Humanidad de Cristo», o sea, su advenimiento al mundo con el nombre de *Epifanía*, del griego *επιφαινέω*, que significa *manifestar*. Consérvase una homilía del Crisóstomo, en la cual se esfuerza el portentoso orador por declarar las diferencias entre ambas festividades, a saber: Natividad y Epifanía; a cuya confusión se opone Jerónimo con toda la vehemencia de su carácter y el vigoroso nervio de su estilo. [Por lo cual, Eusebio, del siglo III, Gregorio Nacianceno e Isidoro el Pelusiota (2), del siglo IV, para distinguir la Pascua

de Navidad de la de «Reyes», denominan a ésta, *Teofanía*, en el mismo sentido que la llaman los sirios *den-ho* (ascensión), aludiendo a las palabras del «Benedictus» *Oriens ex alto* (Lucas, I, 78.)

Gregorio Magno, obispo de Roma, en el siglo VI, habla como de cosa muy antigua de la Pascua de Navidad, y menciona las tres misas que en su Iglesia era ya costumbre celebrar el susodicho día.

Polemio o Anneo Silvio pone la Epifanía o Adoración de los Reyes en su calendario de 448. Y no faltan autores,



LA NATIVIDAD

(Cuadro de Hofmann.)

el siglo III (hacia el año 248); Gregorio de Nicea, hermano de Basilio el Grande (354-396); nuestro inmortal Prudencio, el

(1) Administró las hospederías que abrigan a la turba constante de peregrinos que iba a venerar la santa Cueva de Belén y a conocer el milagro de aquel hombre infatigable. (Sulp. Sev. Dial. I, 2, 5.) Y a propósito y en contra de los que sentían escrúpulos porque el Hijo de Dios hubiera nacido en un humilde pesebrillo y no en la casa misma, dice enérgicamente: «Aquí, en este pequeño agujero de la tierra (*in hoc parvo terræ foramine*), nació el Creador de los Cielos; aquí fué envuelto en pañales; aquí, visto por los pastores; aquí, manifestado por la estrella; aquí, por los Magos adorado».

(2) Entre los muchos autores que, al tratar del asunto, traen estos grabados, tomados de las Catacumbas, pueden ver los nuestros en la *Hist. de la Ig. primitiva*, de Backhouse y Tylor, traducción de nuestro querido amigo D. F. Albricias, las láminas 1.ª y 4.ª del t. 2.º, pág. 267.

(1) Generatio Christi est origo populi christiani; et natalis Capitis est natalis Corporis, et dum Salvatoris adoramus ortum, invenimus nos nostrum celebrare principium. (Serm. de Nativit. Dom.)

(1) Serm. 10 de sanctis.

(2) De elegantísimo decir y cultura exegética, la más elevada de su tiempo. Brilló a principios del siglo IV.

aun protestantes (1), que sostienen que su antigüedad, la de la Epifanía, es de tradición apostólica. Felipe, mártir del siglo IV, llámala *vetustissima*; tal, en efecto, que aun los emperadores arrianos la celebraban, incluso el propio Juliano, que no se atrevió, de creer a Anciano Marcelino, a prescindir de ella por la honda raigambre que había ya echado en el Imperio. Así se explica lo que el Nacimiento refiere del emperador Valente: que la majestad y solemnidad de los Oficios, el gran concurso y la devoción del pueblo, la venerable presencia de San Basilio, que presidía, y el verse excluido de la oblación como hereje, impresionaron de tal manera al emperador, que fué preciso sostenerle para que no cayera desvanecido.

De la Iglesia Española son testimonio irrefragable, aparte de las Actas de los Concilios Toledanos, el X cuando menos (año 656), los poemas del mencionado Prudencio *Hymnus Epiphaniæ* y el *Salvete, flores martyrum* de lo mejor en himnos que contiene el Breviario Romano; y los devotísimos y luminosos escritos de San Ildefonso, arzobispo de Toledo, de principio y mediados del siglo VII; mas, sobre todo, la tradición arraigada en nuestro suelo, tan hondo como sus sierras altivas y duras, de solemnizar esta Pascua, que ha dado origen a graciosos refranes de los mil y mil que enriquecen la lengua de los dos Luises y de Cervantes, y en los cuales cristalizó siempre la idiosincrasia moral y teológica de los pueblos (2).

Primorosamente han cantado y descrito estos misterios entre los antiguos *Representación de los Reyes Magos*, trozo del primer drama castellano de que hasta el presente hay noticia, del siglo XII, «sin semejante en otro idioma», dicen los críticos, y famosísimo dentro y fuera de España. El Arcipreste de Hita y el coronado autor de las *Cántigas*; más tarde el divino Lope, creemos que cual ninguno; y entre los modernos que han seguido las huellas de nuestros ilustres antepasados, huellas de una nación entera, tenemos la *Noche Buena*, de Pereda; la *del Poeta*, de Alarcón; la *Tía Pavona*, de Fernán Caballero; la *Almohadita del Niño Jesús*, de Coloma; *Escenas matritenses*, de Mesonero Romanos, e innumerables más de no menor importancia en infinidad de poemas, estancias, li-ras, romances y villancicos diseminadas. Todo un tesoro literario, histórico y evangélico.

Capítulo aparte y documento notabilísimo forman los *Belenes* o *Nacimientos*,

reproduciendo las escenas referidas por San Lucas y San Mateo, con los paisajes aquellos de Palestina por fondo, o los que fingir sepa la imaginación caldeada por la fe y el arte, establecidos en nuestro país desde su origen mismo, que fué la época del Renacimiento y aun antes, por lo menos en esbozos y ensayos rudimentarios (1).

Como que a veces han revestido el carácter de verdaderas concepciones artístico-arqueológicas, sobresaliendo escultores como el eminente valenciano Damián Forment, del siglo XV, «sin rival en su época», y posteriormente, Amadeu, Campany, Vallmitjana y Talarn, que los realizaron acabadísimos y émulo de la *Adoración de los Magos*, relieve de la iglesia de La Charité-sur-Loire, y el del cimborrio de Santa María La Mayor, de Florencia, obra de Mino de Fiésole, sobre 1450, al tenor del de la parroquia de San Francisco de Paula, en Barcelona, y el del retablo mayor, en alabastro, del más puro estilo gótico, de La Seo de Zaragoza, con otros no menos recomendables, de exquisito gusto y delicada factura, que hemos tenido la suerte de admirar más de una vez en varias catedrales y monasterios, que por el momento no recordamos.

Por todo lo cual, y era lo que nos proponíamos demostrar, es evidente que, no ya la Iglesia romana, sino todas las Iglesias cristianas en absoluto han celebrado, desde los primitivos días de la Era cristiana, estas Pascuas, a cuya conmemoración no lograría resistirse un cristiano sin hacer añicos el capítulo segundo de los dos evangelistas citados y desmentir diecinueve siglos de historia.

Por lo que a nosotros hace, ni como cristianos ni como españoles nos es lícito inhibirnos, ni vemos suficientemente justificado, ya que aquí nada tienen que ver los vv. 4 y 5 del c. XX del Éxodo, que ponemos sobre nuestra cabeza y besamos reverentes, el afán de sustituir los clásicos *Nacimientos*, tan españoles y tan evangélicos, por el desnudo «Árbol de Navidad», que dice mucho menos a nuestros espíritus meridionales que aquéllos dicen, y es muy moderno, sin ejecutoria aún, y exclusivamente extranjero. *Ne quid nimis*...

De lo contrario, atentariamos con mano aleve a las raíces mismas de nuestra sagrada fe y de nuestra rica herencia patria ni mereceríamos por tal osadía perdón,

(1) Nos referimos a los días del gran evangélico Francisco de Asís (siglo XIII), que se apellidaba a sí mismo el «loquillo de Belén» y que, en compañía de sus frailes simuló, una noche de 24 de Diciembre, la tierna escena del *Portalillo*, reservándose el privilegio de cantar y comentar en persona el Evangelio de la festividad; pasaje de la vida del *Poverello*, que notan todos sus biógrafos y guardan con filial reverencia los anales de su Orden.

Este número ha sido revisado por la censura.

Ayuntamiento de Madrid

sino que de nosotros se afirmara en serio lo que, en tono festivo, cantó en elegantes octosílabos Bretón de los Herreros:

«En tus manos alevés
va a morir mi Nacimiento.
A tal ruina, a tal estrago
ya no hay paciencia que baste.
Ayer rompiste o quebraste
mi Baltasar, mi rey Mago.»

¿Cuál paciencia bastaría para disimular ni sufrir a quien rompiera o quebrara nuestro *Nacimiento* entero?...

AGUIRRE DE ZABALA

~~~~~

## Nuevas de gozo.

*El cielo, con su manto azul y plata,  
nos muestra las bellezas de su encanto;  
y envueltas con el velo del misterio  
las horas nocturnales van pasando.*

*Junto al fuego conversan los pastores  
que guardan las vigili-as del ganado,  
brillando de la escarcha los cristales  
sobre el blanco vellón de los rebaños.*

*Las horas se suceden lentamente;  
solemne silenciar reina en el campo;  
y aquellos vigilantes parpadean,  
rendidos por el sueño y el cansancio.*

*El reloj de los tiempos en su esfera  
la profética hora señalando,  
irrumpe con potentes resplandores  
que iluminan la tierra y los espacios.*

*Y una voz argentina y melodiosa  
les dice a los pastores: — «Alegraos;  
escuchad sin temor las gratas nuevas  
que a todos los mortales anunciamos:*

*En Belén esta noche os ha nacido  
el Mesías que os fué profetizado;  
sin tardanza llegad a su presencia,  
que en la paja reposa de un establo,  
y este niño, de Dios es el Cordero  
que su vida dará por el pecado».*

*Cesó la voz del ángel, y al momento  
millares en los aires resonaron  
que al Eterno le daban alabanza  
y a los hombres de paz el dulce canto.*

*Calmados de su asombro los pastores,  
y dudas y temores desechando,  
a Belén se encaminan diligentes  
en tan dulces promesas confiados.*

*Y a los pies del que en cuna tan humilde,  
siendo Rey de los reyes, han hallado,  
rebotando de amor sus corazones  
por ofrenda le fueron entregando.*

*Si nosotros, siguiendo tal ejemplo,  
hasta Él dirigimos nuestros pasos,  
de su amor nuestras almas satisfechas  
gozarán de la Pascua los encantos.  
Y serán los alegres villancicos  
la canción de este pueblo rescatado.*

JOSÉ FERNÁNDEZ ORTEGA.

(1) F. Turretino, de la Academia de Génova, pastor de aquella Iglesia y doctor en Teología. Clarísimo teólogo y cultísimo humanista. («Inst. Theol. elenctica». (Loc. XIII, q. X.)

(2) «Doña Fulana tiene muchas Navidades» (Tirso de Molina). «Navidad en viernes, siembra por do pudieres; en Domingo, vende los bueyes y échalo en trigo». «No alabes ni desalabes hasta siete Navidades». Y otros,





PARA EL MERCADO DE NAVIDAD

(Cuadro de Iborra.)

## LA NAVIDAD DEL ABUELO

*Es de noche; por do quiera  
hay gran ruido y movimiento;  
la gente va por la calle  
con semblante placentero.*

*De atractivas confituras  
hay escaparates llenos,  
y pavos y pollos hacen  
competencia a los corderos.*

*El tradicional besugo  
también ocupa su puesto,  
y de frutas y hortalizas  
las calles parecen huertos.*

*Los muchachos nos aturden  
con zambombas y panderos,  
cantando en todos los tonos  
las coplas del nacimiento.*

*Noche de loca alegría  
tiene la gente del pueblo;  
noche de meditación  
el cristiano verdadero.*

*Pues el Niño de quien hoy  
se celebra el nacimiento  
es el Salvador del Mundo  
que ha descendido del cielo.*

*En una casona antigua  
en las afueras del pueblo,  
vive aislado, sin familia,  
el viejo don Anacleto.*

*De una hija que tenía  
casada en Montevideo,  
ha tiempo no sabe nada,  
sin duda debe haber muerto.*

*¿Y aquel niño tan bonito,  
el traviesillo Lorenzo,  
que él sentaba en sus rodillas  
para contarle los cuentos?*

*Estará hecho un zagalón;  
pues pasó ya mucho tiempo;  
pero, ¿le verá otra vez?  
Está aquel país muy lejos.*

*Y se llena de tristeza  
el pobre don Anacleto,  
que es una flor sin perfume  
el corazón sin afectos.*

*— Pero... ¡qué se le ha de hacer!  
— dice suspirando el viejo —,  
todo lo que Dios dispone,  
está siempre bien dispuesto.*

*Y como hoy se celebra  
de Jesús el Nacimiento,  
en fervorosa oración  
su alma se eleva al cielo.*

*Luego manda que le traigan  
su modesto refrigerio,  
para después entregarse  
a las dulzuras del sueño.*

*Mas aún no se ha sentado,  
cuando suenan golpes recios  
en el portón de la calle:  
— ¿Quién será? ¿Algún pordiosero?*

*Pero cuando abre la puerta,  
halla a un gallardo mancebo  
que pregunta sonriente:  
— ¿Vive aquí don Anacleto?*

*— Claro que sí vive aquí,  
pues yo mismo soy, mozo; pero  
tú dime quién eres  
y qué quieres de este viejo.*

*— Pues soy Lorenzo del Campo,  
que estaba en Montevideo;  
allí no tengo familia,  
porque mis padres han muerto,*

*y por eso vengo a España  
para buscar a mi abuelo,  
pues me dijeron tenía  
su vivienda en este pueblo.*

*Apenas de la emoción  
puede hablar el pobre viejo,  
y en un efusivo abrazo  
estrecha contra su pecho  
al joven, que de su hija  
es el más vivo recuerdo,  
y trae a su ancianidad  
la alegría y el consuelo.*

*— ¡Bendita noche, hijo mío.  
— dice después a Lorenzo —;  
en ella tuvo Jesús  
su glorioso nacimiento:*

*A Él también en esta noche  
gratitud y amor debemos,  
pues que nos ha reunido  
al cabo de tanto tiempo.*

*La algazara por las calles  
sigue, mientras el abuelo  
pasa la Natividad  
muy tranquilo con su nieto.*

*Pues la paz que en las alturas  
cantaron coros angélicos,  
en su buena voluntad  
Dios le envía desde el cielo.*

*Y Jesús, también gozoso,  
mora esta noche con ellos;  
pues es huésped de las almas  
que con fe buscan su reino.*

LAURA MARTINEZ.



# FINALIDAD DE LA ENCARNACIÓN

«Venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo.»

(Gál., IV, 4)

La historia de Israel nos demuestra la gran verdad de que el extraordinario acontecimiento que la Cristiandad conmemora en esta época, obedece a un plan divino.

Las ideas que acerca de dicho plan ha sustentado el pueblo de Israel han sufrido durante los siglos modificaciones más o menos importantes, según las circunstancias atravesadas por dicho pueblo. En tiempos de Moisés significaba la liberación de las consecuencias del pecado; se relacionaba con la región en que el gran drama de la liberación tendría lugar, el modo de ejecutarlo, el medio empleado, o sea el pueblo de Israel, y las agencias especiales, por las cuales dicho pueblo ejecutaría el plan, es decir, el orden sacerdotal, el orden profético, el orden real. En el período de Samuel, Saúl, David y Salomón prevalecía la idea de un gran rey venidero. En todo el período posterior a la división del reino, poco se piensa en la idea de la liberación del pecado, pues las mentes del pueblo están llenas del pensamiento y de la necesidad de ser libertados de una calamidad inmediata. En tiempos de Isaías, el pueblo recibe de este profeta profecías acerca de un Niño que había de nacer, con cuyo motivo abundarían el gozo y la libertad. También Jeremías profetiza mejores tiempos venideros. Durante la cautividad de Babilonia, Ezequiel profetiza la restauración de los israelitas fieles, y Malaquías, el último de los profetas, anuncia la venida de un segundo Elías, que predecirá la aparición del gran día de la destrucción del mal y de la bendición de los justos.

Así vemos, que tanto los mensajes de los profetas como los cánticos de los salmistas tremolaban en uno u otro sentido, hasta que se escuchó sobre las colinas de Bethlehem la música final que deleitó los oídos y regocijó los corazones de los que sinceramente se preocupaban anhelosos por la venida del Mesías prometido.

Era necesario que el Mesías viniese a este mundo, pues había un gran descono-

cimiento acerca de Dios, y urgía, por consiguiente, una revelación más exacta acerca del Padre. Algunos deseaban más conocimiento, los cuales, por boca de Felipe, decían: «Muéstranos al Padre, y nos basta», a lo cual responde Jesús: «El que me ha visto, ha visto al Padre».

Pero no basta tener un mero conocimiento intelectual acerca de Dios. Antes de la Encarnación había ido creciendo

poder participar todos del mismo amor del Padre. Con su venida nos demostró, en primer lugar, que Dios es el amor.

Cristo vino para revelarnos toda la verdad y para cumplir con todas las exigencias de esa misma verdad. No vino a contradecir ninguna clase de verdades, aun cuando éstas hayan sido propagadas por un Buda, por un Zoroastro, por un Confucio, o por un Platón, sino que vino

a completar esos destellos de luz que de vez en cuando rasgaban las tinieblas del error y de la impiedad.

Cristo vino para quitar los pecados del mundo: «Os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador»; y por eso se le puso por nombre Jesús. Por eso, más tarde, decía el Bautista: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». (Luc., II, 11 y Juan, III, 8.)

La época en que nació nuestro Salvador era la más adecuada. El hombre de entonces veía que las cosas marchaban tan mal, que se precisaba un



ALEGORÍA

(Dibujo de Marín.)

intelectualmente la verdad acerca de la Divinidad; pero al propio tiempo, y a medida de ese mayor conocimiento, disminuía el carácter moral. A través de las edades, vemos al hombre poseedor de más luz acerca de la unidad, poder, santidad y demás atributos divinos; pero no parece sino que ese mismo hombre, poseído de su sapiencia, adormece su conciencia moral: «las muchas letras te vuelven loco», decía Festo a Pablo, retratando así el pensamiento corriente sobre el particular. La vida moral de Abraham era mucho más pura que la vida en tiempos de los reyes. En los primeros tiempos de los reyes era bastante más pura que la que nos describen últimamente los profetas y la historia.

El mundo pagano también fulguraba con grandes destellos de ciencia, pero, desgraciadamente, aquella cultura iba acompañada de una uniforme degradación moral y religiosa. No conocían la esencia íntima de Dios. Se repite la necesidad de una revelación, y con ese objeto también para el pueblo gentil apareció en la pequeña ciudad de David, el Redentor del mundo en forma de carne humana, para poderse llamar nuestro hermano y

gran cambio: se necesitaba una revolución social, política, filosófica y religiosa, y esta revolución se produjo con la venida de Cristo; revolución que sacudió los cimientos de toda la vida y pensamiento antiguos. En el aspecto social, la mitad del Imperio eran esclavos; Cristo necesitó venir para proclamar la igualdad. En el aspecto político, Cristo necesitó venir para proclamar la libertad. En el aspecto filosófico, la sabiduría pagana no satisfacía las aspiraciones del alma, por cuyo motivo ésta clamaba más y más por una revelación divina. El cumplimiento del tiempo también se manifestó en esto. Y de idéntica manera, en lo religioso, había una tremenda confusión de dioses y cultos, tanto entre las clases educadas como entre las populares. La aparición del Cristo era la única solución precisa y esperada.

La paz y unidad del Imperio en aquellos días eran, además, elementos propicios para que Dios resolviera encarnarse en la Humanidad.

Lector, ¿qué significa para ti la Encarnación del Hijo de Dios? Medita detenidamente en la real finalidad de aquel gran acontecimiento.

ENRIQUE TOMÁS.



# UNA NOCHEBUENA

Adaptación del cuento «Christmas Carol», de Carlos Dickens.

I

ERA la tarde de Nochebuena. Don Ebenezer Scrooge estaba ocupado en la oficina, mientras su escribiente copiaba cartas en la habitación contigua. El escribiente se llamaba Roberto Cratchit. Tenía que trabajar mucho el pobrecillo para ganarse la vida, y los dieciséis chelines semanales apenas alcanzaban para mantener a su numerosa familia. Hacía bastante frío, pues había estado nevando durante todo el día, y el aire del Noroeste soplaba con fuerza. La chimenea en la habitación de Scrooge no ardía mucho; pero la del escribiente no tenía más que un solitario carbón. De buena gana hubiese añadido Roberto más combustible; pero don Ebenezer tenía la coquera en su propia habitación, y siempre que su escribiente se acercaba con el cogedor, le amenazaba con despedirle. Por esto, el pobre Roberto acabó por liarse la bufanda y tratar de calentarse las manos en la llama de la vela; esfuerzo que, triste es decirlo, resultó inútil por completo.

Estaba don Ebenezer sentado, cuando dos caballeros entraron en la oficina. Se quitaron los sombreros y presentaron su documentación al señor Scrooge, diciéndole que habían venido impulsados por la caridad, con objeto de reunir fondos para los pobres. A don Ebenezer no le gustaba la caridad. El mismo nombre le era odioso. Así que, sin dejarles terminar de hablar, les devolvió los papeles, preguntándoles al mismo tiempo si no había en Londres asilos y cárceles. «Bastante caras nos cuestan — dijo —, y quienes no quieran ir allí, más vale que se mueran, y disminuya, de ese modo, la gente inútil.» Los caballeros, al principio, no querían creer que hubiese un hombre de corazón tan duro como don Ebenezer; pero, convencidos al fin de que no había manera de sacar nada de este viejo avariento, se retiraron.

Apenas habían salido, cuando entró otro visitante. Era el sobrino de don Ebenezer; un muchacho guapo, que no se

parecía en nada a su tío, y que, obligado a andar de prisa a causa del frío, llegaba con las mejillas encendidas. Invitó a cenar a Scrooge al día siguiente, recibiendo por respuesta de su tío que prefería que le ahorcasen antes de ir a ver a su sobrino. Estaba enojado con él, porque se había casado contra su voluntad. Ape-

ge —, y celebrará usted la Navidad en la calle.

El escribiente no se dió por aludido, y el sobrino se retiró sin inmutarse.

Cuando llegó la hora de cerrar la oficina, el escribiente se fué derecho a su casa con el corazón lleno de alegría, para celebrar la Nochebuena con su familia, mientras que el señor Scrooge tomaba su misera cena en un tabernucho de la vecindad. Al volver a su casa, la niebla se había hecho tan densa, que casi tenía que ir a tientas a lo largo de las paredes de las casas de la obscura travesía en que tenía su morada. Antes de abrir la puerta, su mirada se fijó en el llamador, y con grande asombro vió que en su lugar estaba la cara de su difunto consocio Santiago Marley. Era una realidad que el tal Santiago estaba muerto desde hacía siete años, en que falleció la víspera de Navidad. Esta visión sorprendió un tanto al señor Scrooge; pero, cuando volvió a mirar, vió el llamador lo mismo que antes, así que, dando un portazo y diciendo «¡bahl!», en voz bastante alta, como para ahuyentar el miedo, cerró la puerta y subió a su cuarto, en el primer piso.

II

Entrado en su cuarto, se sentó en una poltrona. Por casualidad fijó su vista en una vieja campana que había en el rincón, cuyo badajo estaba roto. Sin embargo, la campana comenzó de pronto a tocar, muy suavemente al principio, pero luego con más fuerza, haciendo otro tanto las demás campanillas que había en la casa.

Al mismo tiempo oyó un ruido extraño, como si arrastrasen cadenas por la escalera, recordando al instante que comúnmente se cree que los fantasmas arrastran cadenas. Pugnaba por creer que todo era ilusión de sus sentidos, y murmuró: «¡Qué tontería!» Pero el ruido se acercaba con rapidez y, de repente, vió a su difunto consocio entrar por la puerta, aunque ésta tenía echados el cerrojo y la llave.

Don Ebenezer sintió helársele los huesos hasta los tuétanos. Quedó rígido y



El escribiente había oído cada una de sus palabras...

sar del enojo de su tío, el sobrino del señor Scrooge venía todas las Nochebuenas a repetir su invitación, con la esperanza siempre de que su tío, conmovido por su constancia, terminara por mostrarse más amable con él y menos adusto con su pobre escribiente. Esta vez volvió a hablarle muy seriamente, recordándole que era Nochebuena. Como al hablar había levantado la voz, el escribiente había oído cada una de sus palabras, aplaudiendo el discurso del joven.

— Una palabra más — exclamó Scrooge —,



volvió a decir, aunque con voz desfallecida: «¡Qué tontería!» Pronto se convenció, sin embargo, de la realidad de la visión, al oír cómo Santiago Marley le describió las torturas que tenía que sufrir por haber sido tan duro y tan cruel mientras vivió. Scrooge cayó de rodillas y suplicó al espíritu le dijese lo que tenía que hacer para escapar de tamaña suerte. Santiago Marley le anunció entonces la aparición de tres espíritus, que pronto vendrían a verle, acaso aquella misma noche. Si Scrooge hacía lo que le enseñaran, acaso pudiera salvarse. Entonces Santiago Marley desapareció.

El primero de los tres espíritus era el fantasma de la Nochebuena en el pasado. Mostró a Scrooge toda la vida que había vivido. Primero le condujo al lugar donde había estado de niño. Era un día de invierno despejado. El fantasma y Scrooge estaban en un camino, en el cual veían multitud de muchachos que venían de la escuela. Gritaban y cantaban fuerte, porque era Navidad y había llegado el tiempo de las alegres vacaciones.

— Sólo queda un niño en la escuela — dijo el fantasma.

— Le conozco — repuso Scrooge.

Y se vió a sí mismo, pobre, olvidado, sentado solo, en la escuela desierta, sin que nadie se preocupase de él; porque su padre era un hombre duro, que no quería a su hijo. Al ver al pobre muchacho abandonado, Scrooge sollozó, aunque muy bajito, para que el fantasma no le oyera. Recordaba todo tal cual había sido. Recordaba muy bien los libros que había leído en aquel tiempo, la historia de *Alí Babá o los cuarenta ladrones*. Era niño otra vez.

Luego el fantasma le mostró la tienda donde había sido aprendiz. ¡Qué bondadoso había sido su amo con él! ¡Qué Nochebuena tan feliz había pasado allí una vez! ¡Cuán diferente era su conducta para con Roberto Cratchit, su escribiente! Buenas ganas tenía de decir alguna palabra de cariño al pobre Roberto; pero el fantasma le mostró otra Nochebuena en que Scrooge se despedía para siempre de una muchacha que le amaba con toda su alma, pero a la cual dejó, porque era pobre. «Te devuelvo tu libertad — le dijo ella —, aunque con el corazón angustiado, por el cariño que tuve a quien eras antes.» Scrooge respiró con dificultad cuando estas palabras hirieron su oído,

como lo habían hecho muchos años antes. Intentó forcejear con el fantasma; luego cayó exánime sobre la cama, y pronto quedó profundamente dormido.

### III

El segundo fantasma que se apareció a Scrooge fué el fantasma de la Nochebuena presente. Llevó a Scrooge consigo, aunque éste hubiera preferido quedarse en la cama calentito. El fantasma tocó a Scrooge con el dedo ligeramente, y se sintió transportado por los aires, muy le-



Scrooge cayó de rodillas...

jos. Scrooge se agarraba al manto del fantasma. Fueron volando hacia el mar. Allí vieron un barco, cuya tripulación, lejos del suelo patrio, celebraba la Navidad. El solo pensamiento de la fiesta hacía resplandecer con intensa alegría los rostros de los marineros. Se acordaban de los seres queridos que estaban en casa, y daban gracias a la Providencia, que los había protegido contra tantos peligros.

Fueron luego volando hacia la tierra y se pararon junto a un solitario faro, cuyos guardianes se estrechaban las manos, deseándose mutuamente felices Pascuas.

Era un lugar desierto. El viento rugía con fuerza, pero el corazón de los hombres estaba lleno de luz y calor; pues un rayo del sol de Navidad había llegado a iluminar sus vidas.

A través del bramar de las enfurecidas olas, Scrooge oyó de repente una sonora carcajada, en la cual reconoció la voz de su sobrino, y en el mismo instante se vió con el fantasma en el comedor de aquél, donde una alegre compañía celebraba la Nochebuena. Estaban sentados a la mesa, y el sobrino de Scrooge les contaba

cómo había invitado a su tío y cómo éste se había deshecho de él. A estas palabras, todos volvieron a reírse con ganas, y, cuando añadió que el pobre viejo, probablemente, estaría ahora solo en su cuarto y que le daba lástima, la sobrina de Scrooge, es decir, la joven y bella esposa de su sobrino, dijo que le estaba bien empleado, por ser tan adusto y poco social. Después hubo música. La sobrina de Scrooge cantó, acompañada del arpa, una canción favorita del viejo, que éste había oído muchas veces de su hermana, la madre de su sobrino. Luego jugaron a la gallina ciega. Un amigo del sobrino de Scrooge bien se veía que hacía trampas; pues siempre se dirigía a la misma muchacha, a quien, cuando cogió, puso un anillo en el dedo. Después comenzaron otro juego que se llama «cómo, cuándo y dónde», riéndose cuando no acertaban, y reinando entre todos franca alegría y buena voluntad.

### IV

Scrooge sujetó al fantasma que pugnaba por alejarse, porque no tenía más tiempo. De buena gana habría permanecido más en tan grata compañía, escuchando las palabras de su sobrino, aplaudidas muchas veces por los convidados; pero el fantas-

ma le llevó a otro lugar. Era el hogar de su secretario, Roberto Cratchit.

La numerosa familia se hallaba reunida en torno a un pequeño pavo. La señora lo había comprado por poco dinero y el panadero lo había asado en el horno. Cuando entró con él, todos los muchachos exclamaron: «¡Viva!», y hasta Tomasito, desde el extremo de la mesa, repitió el viva con su débil vozcita. La mirada de Roberto descansaba sobre el niño con marcado cariño. Era cojo y usaba muletas para apoyarse. El padre le había llevado a la iglesia, porque Tomasito le había dicho que le gustaría ir,



porque quizá la gente, al verle, se acordaría de Jesús, que había sanado al niño enfermo. Tras el pavo llegó el *pudin*, y luego todos se sentaron al amor de la lumbre. Nadie hubiera conocido en este Roberto, tan contento, al hombre que tan duramente tenía que trabajar para mantener a su familia. Hablaron de Perico, el hijo mayor, que era el vivo retrato de su padre y que, seguramente, algún día llegaría a ser un gran personaje (eso era, al menos, la opinión de toda la familia). Luego brindaron por él y hasta bebieron a la salud de Scrooge.

Pero entonces hubo un silencio verdaderamente espantoso, pues parecía que sólo con oír a Roberto pronunciar el nombre de su jefe, el miedo se les entraba en el alma. La mujer de Roberto interrumpió el silencio, diciendo que le gustaría tenerle delante para decirle cuatro cosas con toda claridad. Pensaba continuar todavía, cuando Roberto le dijo con voz tranquilizadora: «¡Mujer, acuérdate que es Nochebuena, y de los niños!» Terminaron, pues, por beber a la salud de Scrooge, y a los cinco minutos reinaba de nuevo la alegría. Cuando el fantasma se alejó con Scrooge, éste no podía quitar la mirada de Tomasito, que estaba sentado pegadito a su padre. Roberto tenía entre la suya la manita del enfermo, expresando así el cariño que le tenía y el temor de perderle. Scrooge preguntó al fantasma si Tomasito viviría. El fantasma dijo que no, añadiendo: «Mas vale que muera y de este modo haga disminuir la gente inútil.» Scrooge inclinó la cabeza, avergonzado, y no dijo una palabra.

V

El tercer fantasma, envuelto misteriosamente de pies a cabeza, era el fantasma

de la Nochebuena futura. Volvió a conducir a Scrooge a la casa de Roberto. El sitio de Tomasito estaba vacío. Una muleta, cuidadosamente conservada, pendía en la pared. El pobre Tomasito había muerto.

De repente, Scrooge se vió al lado del fantasma en su propia habitación. No había nadie dentro. Las cortinas de la cama yacían en el suelo, mientras que en



Este boliche era de la cama de Scrooge.

el lecho reposaba un cadáver, cuya cara estaba cubierta. Scrooge se impresionó hondamente; pero no se atrevió a apartar la sábana del rostro del difunto. Cuando hubieron abandonado la habitación, Scrooge preguntó al fantasma quién había sido el hombre que había en la cama. El fantasma señaló con su huesudo dedo hacia adelante, y condujo a Scrooge a un cementerio. Allí había una tumba descuidada, medio cubierta de yerbajos, y en la piedra leyó Scrooge con terror: EBENE-

ZER SCROOGE. Respiró con dificultad y asió la mano extendida del fantasma, suplicando le dijera si las cosas que le había mostrado no podían cambiar, si llevaba él una vida distinta. El fantasma le rechazó, pero Scrooge no quería soltarle, cuando, de repente, el rostro del fantasma fué cambiando, hasta quedar convertido en un boliche de cama.

Este boliche era de la cama de Scrooge.

Cuanto había visto no era realidad, pero aprendió la lección que le habían dado los fantasmas. Se hizo otro hombre. El mismo día, que era Navidad, envió a casa de Roberto el mayor pavo que pudo encontrar. Luego fué al culto y después a casa de su sobrino, donde pasó la Navidad que había visto en sueños.

A la mañana siguiente ya estaba en la oficina a las nueve.

Deseaba pillar a Roberto en algún descuido. Y, en efecto, Roberto llegó un cuarto de hora tarde. Había tenido que correr mucho, y aun antes de entrar en la habitación, se quitó el sombrero y la bufanda.

— Vaya, ¿qué es esto? — murmuró Scrooge, procurando dar a su voz un tono airado.

— Desgraciadamente, llevo algo tarde — se disculpó Roberto —; pasamos ayer la velada bastante divertidos.

No es más que una vez al año.

Cuál no sería su sorpresa al ver a Scrooge tan cambiado y al oírle decir:

— Ya trataremos esta tarde de sus asuntos, mientras tomamos café con pasteles. Pienso aumentar su sueldo e interesarme por su familia.

Scrooge cumplió su palabra, siendo para Roberto el mejor jefe del mundo, y para Tomasito, que no murió, su segundo padre.

(Ilustraciones de Máximo Ramos.)

DOMINGO 25 DE DICIEMBRE

CULTOS DE NAVIDAD

En todas las Iglesias. ✻ Horas de costumbre.





(Continuación.)

## CAPITULO XII

## UNO DE LOS «CABALLEROS DE LA CUCHARA».

La reina de la Primavera celebraba su graciosa y fragante fiesta en un hermoso valle de Saboya. El azahar blanqueaba los naranjos y la alfombra de jacintos silvestres que se extendía al pie de sus troncos, aunque salpicada de vez en cuando por manchas de anémonas color de escarlata, parecía un vislumbre del cielo en la tierra. Allí, en lo alto, se elevaban los brillantes picos de las eternas colinas, cual sacerdotes que se detenían entre el cielo y la tierra, revestidos con sus éfods de nieve virginal.

El solitario jinete que recorría el sendero que atravesaba el valle, parecía completamente ajeno a tanta belleza. Era un joven hermoso, de veintiuno o veintidós años, vestido con magnífico traje de montar, capa bordada, *Hausse-Col* o cuello alto, de moda, y sombrero de terciopelo con plumas, adornado además con un objeto de oro, muy semejante a una cuchara. Sus facciones eran regulares y muy gratas a la vista, a no empañarlas la expresión de tristeza y ansiedad que se leía en ellas.

Nadie, ciertamente, hubiera podido creer, a juzgar por su rostro, que Víctor de Lormayeur iba al encuentro de la mujer amada. En este mundo hay reuniones más tristes aún que las despedidas, y aquella iba a ser una de ellas. El joven caballero hizo esfuerzos, un par de veces, para distraer su camino con un sorbo de vino o una canción de caza, pero las palabras no tardaron en morir en sus labios y cayó de nuevo en profundo silencio, interrumpido sólo por algo que parecían maldiciones murmuradas, contra él probablemente, o contra su mala suerte.

Saliendo al fin del valle, divisó una torre sombría y ruinosa, cercada de campos cultivados. A ella encaminó su caballo y, llegando a una puerta trasera, llamó seis veces, fuerte y suave, alternadamente.

Era, sin duda, una señal convenida, puesto que no tardó en abrir la puerta un criado anciano que, saludando al joven

con mucho respeto, le invitó a pasar en estos términos:

— ¿Querrá el señor descansar en el salón alfombrado, mientras voy a llamar a Rosa y cuidarme del caballo de su excelencia?

— Gracias, Pedro — dijo Víctor, quitándose el sombrero —. ¿Cómo está tu señor?

— Todo lo bien que podemos esperar, señor conde; pero es muy anciano y, como suele decirse, tiene ya un pie en la sepultura. Desgraciadamente, su carrera está casi terminada.

Víctor pensó que el amo no dejaba muy atrás al criado en aquella carrera; pero se limitó a decir que, como no podía detenerse, bastaba que uno de los mozos sostuviera las riendas del caballo, y, pasando por el vestibulo, llegó al salón alfombrado de aquella casa que conocía perfectamente, siendo residencia de un anciano deudo suyo, por parte de su madre.

Filiberto de Mayne era un noble saboyano, arruinado, que había sufrido tanto en las vicisitudes de aquellos malos tiempos, que al terminar su reprensible y azarosa vida no poseía más que el castillo medio derruido y las tierras, pocas y pobres, que lo cercaban.

Tenía, sin embargo, otro tesoro, que era la mejor y más apreciada de sus posesiones: la linda Arletta, una nieta suya, huérfana.

Esta fué, y no Rosa, la anciana criada, quien abrió la puerta del salón y entró sigilosamente.

Víctor había estado sentado junto a la mesa, con el rostro oculto entre las manos, pero aquellos tenues pasos los hubiera oído, al menos lo creía así entonces, aun cuando hubieran pisado sobre su tumba. De un salto se puso al lado de ella, iluminándosele el semblante; pero un instante después volvió a ensombrecerse, exteriorizando una expresión de dolor.

— ¡Arletta!

— ¡Víctor! — fueron las palabras que mutuamente dijeron al darse la mano, y cuando Víctor se acercó, como para abrazar a Arletta, ésta, retirándose, añadió:

— No; eso terminó. Lo sé todo.

Los labios del joven se entreabieron, pero no articularon el menor sonido; y ella continuó:

— La semana pasada estuvo Pedro en Lormayeur y supo que allí no se hablaba más que de la novia de Ginebra, que te hará recobrar los vastos dominios de Castelar.

— Yo no los ambiciono; ¡los detesto! Los daría todos por un rizo de tu linda cabecita. ¡Oyeme, Arletta — añadió Vic-

tor apasionadamente —; no puedo dejarte, y no te dejaré!

— ¡Calla, Víctor! Esas son palabras inútiles que tú no debes pronunciar ni yo oír. No está en ti la elección.

— Es que he elegido ya, y puedo decir a mi padre que la doncella ginebrina podría ahogarse en el Lago sin que me afectara.

— Como gustes; pero en ese caso piensa que no será la novia ginebrina (los santos me perdonen si la maldigo) quien se ahogará en el Lago, sino mi pobre abuelo y yo, que podremos morirnos de hambre y de frío en un camino.

— Yo cuidaré de vosotros.

— ¿Cómo podrás, estando prisionero en una de las torres de Lormayeur, si nos arrojan de aquí, único refugio que tenemos? Conozco bien a tu padre: es vengativo en sus odios, aunque sobre ellos predomina su ambición; esa ambición que no ahoga cosa alguna del cielo ni de la tierra. No, Víctor, entre nosotros ha concluido todo. Hemos jugado juntos como niños y juntos hemos soñado; pero ahora estamos despiertos y debemos olvidarlo todo y decirnos adiós.

— ¡No puedo! ¡No puedo!

— ¡No puedes! ¿Son esas palabras propias de un hombre? — interrogó Arletta relumbrando sus negras pupilas y dibujándose en su labio inferior un mohín de desprecio.

— Para luchar por ti sería un hombre, un héroe; para dejarte... soy sólo un niño. — Y Víctor volvió a ocultar la cabeza entre las manos.

— En ese caso te trataré como niño, y haré por ti lo que, siendo demasiado débil, no puedes hacer tú mismo. Escuchadme, señor conde; os devuelvo vuestra palabra; las relaciones que entre nosotros mediaban no tienen para mí ningún valor.

— Arletta, ¡nunca me quisiste como yo a ti! — exclamó Víctor, levantándose de un salto y cogiéndole ambas manos —. No, no; ¡no me has querido! ¡Mírame de frente, y dimélo!

Arletta se mordió los labios hasta saltar de ellos la sangre y manchar sus blancuquismos dientes; pero sólo dijo con frialdad:

— Señor de Lormayeur, me estáis lastimando. Soltadme, caballero.

Víctor le soltó las manos y con una súbita revulsión de sentimiento, murmuró:

— Perdóname... amada mía; te he ofendido.

— No hay ofensa; pero no me preguntéis más ni... hagáis que el trance sea más duro para ambos.

Aquella voz firme tembló un poco al pronunciar las últimas palabras.

— ¿Puede ser de otro modo que duro..., amargamente, insoportablemente duro?

— Para vos habrá consolación, y por lo que a mí se refiere — añadió Arletta con altivez —, no creáis, señor conde, que me moriré de dolor, como una doncella abandonada, por vos o por otro hombre algu-



no. Lejos de eso. Mi sitio está entre las Ursulinas de Chambéry, todas ellas señoras de buenas familias, que me recibirán con los brazos abiertos. Allí, cuando mi abuelo descanse en Dios, descansaré yo en paz, y no me olvidaré de rogar por vos, señor de Lormayeur. Entre tanto, tenéis la espada pendiente del cinturón y el mundo por delante, lucharéis y conquistaréis...

— Y volveré desolado, con el corazón vacío.

— No... — dijo Arletta, deteniéndose en la frase, porque su magnanidad no llegaba al extremo de desearle la felicidad con la novia ginebrina —; no, en la vida de un hombre hay muchas cosas que pueden ocupar el corazón.

— Para mí sólo hay una que me dé vida.

— Eso pensáis hoy. Pero, Víctor, todo esto es inútil y contraproducente; sirve sólo para angustiarnos más a los dos. Si no tienes valor para terminarlo, lo terminaré yo. Una palabra que se diga al conde, tu padre, acerca de estas visitas bastaría para que, no tú, sino mi abuelo y yo suframos el peso de su venganza. Si vuelves, se lo haré saber.

(Continuará.)

## Esfuerzo Cristiano

### Aprendiendo del pasado para el futuro.

Dom., 1.º de Enero. Deut., 3, 1-6; Fil., 3, 13 y 14.

#### Lecturas diarias.

Lunes . . . Peligros del materialismo . . . . . 1.º Juan, 2, 15-17.  
Martes . . . Peligros del placer. . . . . Ecl., 2, 1-11.  
Miércoles . . . Oportunidades para servir . . . . . Mat., 17, 21-26.  
Jueves . . . Íntima unión con Cristo . . . . . Juan, 17, 21-26.  
Viernes . . . Integridad sincera . . . . . Col., 3, 22-25.  
Sábado . . . Consagración sincera. 2.º Tim., 2, 1-15.

#### Notas de introducción.

No sólo debemos aprender cómo se hacen las cosas, sino también cómo no se hacen. De ahí que el fracaso puede llegar a sernos beneficioso.

¿Hemos aprendido a dominarnos? La ira, el amor propio u otras cualidades semejantes, algunas veces nos consumen. ¿Tenemos el secreto de dominar nuestros espíritus?

Debemos progresar durante el año nuevo intelectualmente, por medio de nuestro estudio y meditación, y espiritualmente, mediante nuestra meditación y adoración.

¿Qué es preciso hacer para asegurar estos resultados?

Comencemos el año pidiendo a Dios que bendiga el trabajo *suyo*. El verdadero progreso es solamente posible cuando hacemos la obra de Dios; y la miramos desde el punto de vista divino.

#### Ilustraciones.

No debe importarnos que hayamos cometido errores; es posible enmendarnos.

Si una estación es pobre; la próxima puede traer una rica cosecha.

Nuestra vida es como un campo. Siempre es primavera.

¿Qué vamos a sembrar en ese campo este año? ¿Qué cosecharemos? Recordemos que lo que el hombre sembrare, esto también segará. Es preciso que hagamos una decisión, y empecemos a trabajar en seguida.

Para los cristianos, la mayor posibilidad de cada año es alcanzar una semejanza del Maestro, más perfecta. Somos escultores de nuestro propio carácter. Cristo es nuestro modelo.

#### Temas para pensar.

¿Qué lección hemos sacado del año viejo? ¿Cuál es nuestro propósito para este nuevo año? ¿Qué podemos aprender de las experiencias de los otros?

#### Pensamientos.

Las bienaventuranzas son avisos en el camino de la vida. Sus direcciones deben ser atendidas. Cristo vivió según éstas, y considero que debemos también nosotros hacer lo mismo. — Dr. John W. Day.

Todos tienen que aprender. Nada sabemos cuando venimos al mundo. ¿Pero viene nuestro conocimiento por una necesidad o por un deseo? — D. R. Letts.

### Sociedades infantiles.

#### La vida cristiana.

Dom., 1.º de Enero. Sant., 1.19-27.

La vida cristiana puede considerarse como la religión práctica. Muchos alardean de religión y quieren pasar por hombres religiosos, y si se les observa, se descubre que son como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano; por esto es necesario que sepamos en qué consiste ser religioso, y cómo tiene que manifestarse la religión en la vida diaria.

## Escuela Dominical

### Juan, el Bautista, y Jesús.

1.º de Enero. Mart., 1, 1-11.

TEXTO ÁUREO: *A Él conviene crecer; más a mí menguar.* — Juan, 3, 30.

Durante los seis primeros meses del año, vamos a estudiar la vida de Jesucristo, según el relato de San Marcos. Este Evangelio, el más breve de todos, tiene, sin embargo, rasgos que lo hacen muy interesante. La tradición dice que Marcos escribió lo que oyó contar a Pedro, de quien fué ayudante y colaborador; y, ciertamente, abunda en detalles gráficos que sólo un testigo presencial de los hechos pudiera recoger. Caracteriza a este Evangelio la rapidez de la narración. Sacamos la impresión de que todo camina a un paso muy acelerado. Marcos tiene predilección por partículas tales como «luego», «al punto», «inmediatamente». Se ocupa más de los hechos que de las enseñanzas de Jesús. No da el Sermón del Monte; pero sí algunas parábolas.

Marcos comienza su Evangelio con la predicación de Juan el Bautista. Este es el principio de la Buena Nueva acerca de Jesucristo, el Hijo de Dios. Fué Juan

el que anunció primeramente a los hombres quién era Jesús. Pero, aunque el Evangelio comienza con la predicación del Bautista, ha necesitado una larga preparación; tiene sus preludios en las palabras de los profetas. No solamente la obra de Cristo, sino la de su Precursor, están anunciadas en el Antiguo Testamento. Marcos cita a Malaquías y a Isaías, a este último en el pasaje que Juan se aplicó a sí mismo cuando los enviados de los sacerdotes le preguntaron quién era (Juan, 1, 19-23).

Juan predicaba el bautismo de arrepentimiento. La manera de preparar el camino del Señor era cambiar de suerte (esto significa la palabra arrepentimiento), abandonar el pecado, obtener la limpieza del alma. El símbolo de esta limpieza era el bautismo. La figura austera del predicador, su tosco ropaje, su escasa alimentación (que llegó a producir en el pueblo la impresión de que Juan ni comía ni bebía) estaban en armonía con su severo mensaje. Pero Juan se daba cuenta de que su bautismo era solamente un rito preparatorio. El bautismo verdaderamente purificador había de darlo Aquel que venía tras él. Uno a quien no era digno de desatar, encorvado, la correa de sus zapatos. Éste bautizaría con Espíritu Santo, dando a las almas arrepentidas y creyentes una vida nueva.

Aunque el bautismo era de arrepentimiento, Jesús quiso ser bautizado por Juan, aun contra la resistencia del Bautista. Así se ponía del lado de la justicia contra el pecado. No tenía pecados que confesar, y no los confesó. Mantuvo siempre su perfecta inocencia y santidad. Pero se sometió a todas las consecuencias penosas y humillantes del pecado, para identificarse, sufriendolas, con los pecadores a quienes había venido a salvar.

Cuando Él se humilló, su Padre le ensalzó. Los cielos se rasgaron, el Espíritu Santo en forma de paloma, símbolo de inocencia, de mansedumbre y de ternura, descendió sobre Él, y la voz del Padre le dió testimonio de que era el Hijo, el Amado, en quien tenía el padre su complacencia. ¡Qué gloriosos hechos y verdades condensa Marcos en once breves versículos!

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

#### Precios de suscripción:

|                             |           |
|-----------------------------|-----------|
| Un año . . . . .            | 8 pesetas |
| Seis meses . . . . .        | 4 " "     |
| Extrajero: Un año . . . . . | 15 " "    |
| Seis meses . . . . .        | 8 " "     |
| América: Un año . . . . .   | 2 dólares |
| Seis meses . . . . .        | 1 dólar   |

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590.



## «El Amigo de la Juventud»

## Revista mensual.

*El Amigo de la Juventud* es una revista interesante, amena, inspirada en ideales cristianos y que aspira a interesar y recrear a lectores juveniles de todos los países de habla española. Se publica en Santiago de Chile.

El número de Noviembre de este año, del cual hemos recibido algunos ejemplares de muestra, contiene mucho material «español». Véase: un cuento del eminente novelista Armando Palacio Valdés. Un editorial acerca de la Madre Patria, el dulce nombre con que se designa a España en toda la América de habla española. Un artículo acerca de nuestro rey D. Alfonso XIII. Otro acerca de ciudades españolas. Una página de Cervantes y una poesía de Rubén Darío, que tiene por tema una leyenda del Cid. Todo esto con otros artículos acerca de cosas americanas y de interés general.

Un medio excelente de promover la amistad hispanoamericana sería la lectura de esta excelente revista por nuestros jóvenes.

La Sociedad de Publicaciones Religiosas se encargará, gustosamente, de recibir y de transmitir suscripciones al precio de *seis pesetas* por un año. Enviará también el mencionado número de muestra a quien lo solicite.

## El fraile de Wittenberg

Por GUILLERMO STEARNS DAVIS

Publicación de *La Revista Evangélica*, de Santiago de Chile.

Una novela histórica de absorbente interés. La trama novelesca sirve de fondo a una serie de animadas descripciones de los grandes momentos de la Reforma religiosa del siglo XVI. El protagonista es un joven noble, hijo de padre alemán y de madre italiana, en cuya alma batallan los atractivos de Roma y los llamamientos de Wittenberg; pero la figura más saliente en la narración es la de Lutero, a quien vemos clavando sus noventa y cinco tesis, compareciendo ante la Dieta de Worms y, finalmente, desterrado en su Patmos del Castillo de Wartburgo.

Un volumen de cerca de 400 páginas:

En rústica, **2,50 pesetas.**

En tela y papel más grueso,  
**5 pesetas.**

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas  
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

## Para la Escuela Dominical

DURANTE el primer semestre de 1928 las lecciones internacionales para la Escuela Dominical están tomadas del Evangelio de San Marcos. Los siguientes libros pueden ser útiles a los instructores.

## VIDA DE JESUCRISTO, por Santiago Stalker.

Es una obra breve, pero utilísima para obtener una visión de conjunto de la vida y la obra de nuestro Salvador.

184 páginas . . . . . **2,50** pesetas.

## VIDA DE CRISTO, por William B. Hill.

Más completa que la anterior. Da una idea de la época y del país en que Jesús vivió, de las ideas religiosas de los judíos, de las enseñanzas de Cristo acerca del reino de Dios. Refuta los argumentos de la incredulidad en cuanto a los milagros y a la resurrección.

435 páginas. En tela . . . . . **7** pesetas.

## EL EVANGELIO DE SAN MARCOS (De los Evangelios explicados), por el Obispo Ryle.

Comenta este Evangelio, pasaje por pasaje, sacando lecciones prácticas y provechosas.

274 páginas. En tela . . . . . **6** pesetas.

## REVISTA BÍBLICA (trimestral). Para uso de los Maestros de Escuela Dominical.

Contiene abundante material expositivo, anecdótico y pedagógico acerca de las lecciones señaladas para cada trimestre.

Número suelto . . . . . **1,50** pesetas.

Suscripción anual . . . . . **5, —**

Dirigir pedidos a

Sociedad de Publicaciones Religiosas, Flor Alta, 2 y 4, 1.º - Madrid.

## Diccionarios y Concordancias.

## CONCORDANCIA GRECO-ESPAÑOLA DEL NUEVO TESTAMENTO

Compilada por Hugo M. Petter. Una completa enumeración de todos los casos en que se usa cada vocablo griego del Nuevo Testamento, con indicación de las diferentes formas en que se traduce en la versión de Cipriano de Valera. 595 páginas a dos columnas.

En tela . . . . . **27,75** pesetas.

Lomo y conteras morocco . . . . . **40, —**

## DICCIONARIO DE LA SANTA BIBLIA

Por W. W. Rand. Con numerosos grabados, mapas y tablas. 768 págs.

En tela . . . . . **20, —** pesetas.

## COMPLETA CONCORDANCIA ESPAÑOLA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Por William H. Sloan, misionero evangélico en Méjico. Segunda edición. Una obra utilísima para todos los estudiantes de la Biblia, que ocupa un lugar semejante al de la famosa Concordancia de Cruden en inglés. Más de mil páginas a tres columnas. Sociedad Americana de Tratados, Nueva York.

En tela . . . . . **30,75** pesetas.

Pídase a

Sociedad de Publicaciones Religiosas, Flor Alta, 2 y 4, 1.º - Madrid.